

LUIS RAMON LOPEZ MORA

(Ipiales, Colombia)

Estudios en Filosofía y Letras, Universidad de Nariño. Autor del libro "Desde las lomas ipialeñas".

EL HOMBRE OLVIDADO

Detuvo su andanza y se posó sobre la roca, se despojó de sus trajes frente a un reloj intencionalmente abandonado, un viento alborotó su blanca cabellera y desparramó su barba cana sobre su pecho.

¡Olvido! Gritó al espacio infinito, y olvido era una palabra que se repetía en el eco. Transcurso del tiempo inmedible, florecieron en todo su cuerpo vellosidades como delgadas e innumerables raíces al aire y otras penetrando la tierra, era un monstruo de vellosidades. Sus cabellos armoniosos fluían al centro de la tierra, emergían brillando con la frialdad de metálicos cabellos. La luna distante lo mira, los paisanos por acá cuando bajan con sus recuas lo llaman: "Musgo de las pendientes rocosas".

BAJO LA LLUVIA

Roca de cristal milenaria donde el tiempo trazó el fósil de un líquen, su informidad rodeábase de neblina, caía lluvia y nieve. Un día sin sol y sin luna cayó una tormenta, de pronto llegó el lento amanecer vestido de violeta y en lugar de roca milenaria apareció una niña de cristal, sus cabellos transparentes caían a su espalda, al interior de su pecho habitaba una caracola que era su corazón.

Esto lo sabe un hombre que gusta bañarse bajo la lluvia en el preciso momento que todos huyen a protegerse bajo los techos de sus casas y cierran las ventanas por temor a los truenos, él la ha visto correr por la avenida mojada donde no queda la huella de ninguna pisada, ha escuchado la música que interpreta la lluvia al caer sobre la niña de cristal.

RETIRO TEMPRANO A CASA

La bohemia con su aroma y humedad de oscuras noches se despoja para dejar caer el cuerpo, sumergirse en la densa negrura, tirado allí en la inmensidad. De pronto despierto a media noche: perro negro (Black Dog), blancura de colmillos y aullido en la noche negra, a mi lado una mujer yace derrotada por un sueño, un profundo respiro y ante la vista una lenta sombra, la sombra se agiganta, es inmensa, es negrura, ya no es sombra.

HOYSUEÑO LO QUE ANOCHE ME NEGÓ LA PESADILLA

Entrada la tarde que empuja las pesadas manecillas de un viejo reloj de rumbroso bronce, un viento toca un rizo de tus cabellos, respiro lo que aún queda de respirable, mientras el mundo se mueve en los ejes de una bicicleta conducida por una adolescente.

Si, hoy un alguien entre un bosque imaginando como recuperar el mundo, ese alguien vagabundo y príncipe de sueños con su larga cabellera ondeando como una negra bandera izada allá en una colina.

KUNDERSON SE BAÑA

Kunderson camina por las riberas del río Guáitara, llega hasta una cascada de unos cien metros de alto, busca una pequeña caída de agua para bañarse. El día dora la piel de Kunderson que la frota con aceite de coco, de la mochila rueda una mandarina. Se oye la voz de la cascada al bajar vertiginosa por las rocas, a lo lejos un ave silba repetidamente sobre una gran piedra, olvidadas están las gruesas botas, un blue jeans, una camiseta roja y otras leves cosas.

Mariposas blancas se dispersan, una lagartija huye por entre los matorrales, el agua cae sobre su cuerpo atlético, una fragancia de moras se filtra por la nariz de Kunderson; él habita allí como en otras épocas sobre verdes montañas entre bosques de árboles gigantes habitaron dantas y venados.

LA MUJER SIN ROSTRO

Un coro de ebrios balbucean unas palabras pretendiendo un poema a la habitante de la noche, la de largos cabellos como enredaderas negras, la que manda a su Atila negro a blandir su espada relampagueante como astro. Ya quisiéramos quitarnos su abrazo de bestia o taparnos los oídos para dejar escuchar su estrepitosa risa, aquella que se arroja con el viento y pasa sobre el cuerpo de los durmientes sumergiéndolos en sueños de presagios terribles, esa la que venció a Eloisa y a la Monalisa ahuyentándolas de donde jugaban con saltos de locas a la rayuela, esa la cíclope con una luna por ojo, la que no queremos ver y nos tapamos con las cobijas, la que quisiera convencer con mis estúpidos lirismos; el día no ha llegado, ella está detenida en mi ventana a punto de romperla.

LA CARCAJADA PERPETUA

Un grupo de niños juega a la ronda, una calavera de buey yace en la hierba sembrada de hongos y olvido. Calavera al pie del árbol, un haz de luz ilumina sus oscuros cuencos, una brisa se filtra por su perpetua carcajada, mientras los niños elevan globos de colores.

TÚ Y EL AIRE

Caen las hojas de los árboles en el piso del parque, voy indiferente; de ti ha quedado el aire y los caminos que trazaste cuando a mi encuentro venias. Recuerdo el verde de sus ojos como el prado de este parque iluminado por el sol y habitado por las sombras de los árboles; miro como el tiempo en el transcurso de las noches y los días no dejan nada de nosotros, sólo queda el aire. Tú y yo sabemos dónde queda el paso de nuestras vidas, pisadas que yacen fosilizadas en los caminos andados. El tiempo apolló tus trajes, el cansancio ató tu andar e inmóvil la vida te tomó por el cuello, el pavor dibujó una mueca en tu rostro e indefensa te deshizo hasta no dejar nada de ti; sólo el aire por todos los espacios donde tú habitaste.

Tú y yo ya no estamos en los parques de aquellas tardes, nadie ocupa nuestro lugar, es posible que retornen nuestras voces fantasmas cuando todos se hayan marchado. De ti y de mí sólo queda el aire en esa banca desocupada.

A LOS AMIGOS NOCTURNOS

La noche se arrastra en un hombre que el alcohol derrota. Son las noches negras y frías aquí en la provincia. El frío afloja los huesos, humedece la nariz, en las calles hay un grosero murmurar, un tosco insulto. La noche un techo oscuro.

En la provincia no soñamos porque aspirar a soñar en estos pueblos es peregrinar a la pesadilla. Si hay algo maravillosos en las noches de provincia es quedarse anclado en un aire de neblina, el humo helado que te sumerge en un sueño polar, tal vez como un esquimal.

El delirio que produce la embriaguez nos hace locuaces fantasmas. La llovizna asalta como un gato blanco, cae suave delante de nosotros.

De pie estamos en la noche sin querer renunciar, como si aspiráramos a un acontecimiento que nunca llega, pero siempre firmes hasta tarde de la noche, hasta que en ella sopesa la culpa, el cansancio, o simplemente el volver por entre enlodadas calles que parecen inundadas de coronas plateadas, calles enlutadas, fango y soledad.

Un aullido, unos ladridos, tras tu andar sombras de la noche vas dejando, vas entrando a esas calles de bombillas quemadas.

RELATANDO UN PRESENTIMIENTO

Todos han muerto en este pueblo que ha quedado en obra negra, ratas corren despavoridas, no he muerto y soporto este horror, un súbito vaho de muerte me rodea, presiento que este monstruo mineral sobre el que piso un día dilate uno de sus poros y me engulla, allí mis parientes pondrán una cruz y un epitafio con una inscripción banal, la noche me asaltará como la ballena a Jonás, la vida cuestión de vida o muerte.

Hoy todo se niega en este trémulo atardecer, vaga pelusa en un remolino de aire, remolino de nubes por donde navega el planeta con un mar turbio por ojo, un pelambre de hierba y una piel de polvo.

Hoy todo se niega, voy por un desolado camino, las manos en los bolsillos, un viento toca mis cabellos, mi bufanda ondeando como bandera sin patria, el poema se ha marchado, volverás algún día en una blanca página. Halcón o paloma volverás a posarte en mi hombro o en mi mano que ahora escribe esta esperanza.

VAGAR

Frente a mí la montaña duerme en la inmensidad como una gran bestia alucinada por un sueño eterno de fiestas y sacrificios, bebo una pócima de agua para calmar la sed y cruza vertiginosa la memoria de un río por donde navegó un apache en su kayak, una mujer me acompaña, en ella la visa se asoma sonriente por entre el ramaje de sus cabellos que le cubren el rostro, a la deriva, sentados en la banca de un parque el mundo se mueve imparablemente.

OCURRE UN POEMA

Algo curioso ocurre, el ocaso es un voraz incendio de nubes, a lo lejos en el horizonte pasa cabalgando un jinete, portando una bandera blanca que es un mensaje, los vientos cruzan mi quietud, me digo para sí:
Alrededor del mundo cielo.
Arriba, abajo, al este, oeste hay cielo.
Se cae al cielo, se sube al cielo.

Toda esta visión ocurre desde el balcón de mi casa en un humilde barrio del sur, lugar que puede ser el fin del mundo, el centro del mundo, el orificio por donde el viento infló el globo terráqueo, el sur distante y paralelo del norte donde creo habita un amigo que no conozco, es posible que allá alguien me sueña como soy sin conocerme, donde existe alguien que sueña sin conocerlo. Aún sigo sentado en el balcón de mi casa que es la proa de un barco que navega el mar del cielo, porque hoy lunes del ochenta y cinco los mares de la tierra están heridos de guerra.

TARDES EN LA MONTAÑA

En la montaña los rayos me derrotaban, tendido sobre un lecho de hojas vivía la oscuridad de mis ojos dormidos, el calor de la tarde me abrazaba y de pronto un dorado brillo relampagueaba y una y otra vez me despertaba y una y otra vez los rayos del sol me derrotaban. Inmerso en el sueño dorado sentía el viaje sideral del planeta.

PERRO HIRSUTO DE LA NOCHE

A un perro hirsuto de la noche ilumina un relámpago, lánguido y herido, dolorido por la mordedura de otros lobos, con la cola entre las patas, las costillas se dibujan en la piel de este perro de ojos tristes, gimes, hueles la mierda, huyes de los pasos que se acercan, habitante de los basureros, tu ave es un buitre que sobrevuela la podredumbre, patadas de asco recibes en tu cuerpo disecado sobre tus huesos y tu respuesta es la mordedura infecciosa que inocular veneno de rabia, tus víctimas gritan delíricas su cólera y muerden con sus colmillos, asesinan de ira y te pierdes en las sonoras para lamer la herida infecciosa del loco que yace tirado en el pavimento en su lecho de latas y cartón.